

El la mira espantado. ¡Qué pálida se ha puesto! ¡qué fría! ¡qué rígida!

La criada se inclina sobre el cuerpo exangüe, aplica su oído al seno izquierdo..... y sollozando va á caer al pié del Crucifijo.

—No quiero que me dejes, mamacita de mi alma, no quiero!—repite la afligida criatura besando sus labios yertos, blancos como las mantas. No me dejes solito..... ¡Anda! ríete, cuéntame otra vez la historia de *Barba Azul*. Me oyes?..... ¿me oyes mamacita linda?

Mas ella no contesta: se la han llevados los ángeles.

La fiel sirviente sigue orando á media voz. El reloj suena las once y cuarto con monotonía, lentamente, fastidiado; y de lo lejos llegan ecos de músicas, de villancicos, de risotadas.....

Por ésto, mi amada Lili, Bebé está pálido y pensativo. Bebé está triste, muy triste..... ¡Pobrecito Bebé! Ya no tiene madre.....

TRISTE CUADRO

“Qué se propone Dios al crear el sufrimiento humano?....

TRISTE CUADRO (1)

Al Sr. Lic. Luis Villa y Gordo.

Fué en una ardiente tarde de la Cuaresma cuando Petra, la mujer del herrero Lucas Martínez, y su hijo Serapio, salieron á cumplir su triste misión.

Caminaban los dos lentamente. La infeliz madre sollozaba enjugando de vez en tarde sus lágrimas con su harapiento rebozo, sucio guñapo que una compasiva vecina suya le había dado por caridad en el invierno pasado. El chico iba adelante, llevando sobre su destrozado sombrero de mugriento *petate*, el humilde ataúd pintarrajeado con un feo azul ceniciento surcado por blancas listas diagonales, que habían comprado con sus últimas limosnas y que serviría de eterna cuna al hermanito muerto, al pobre niño

(1) Cuando EL MUNDO ILUSTRADO abrió un concurso de Cuentos Nacionales, me atreví á enviar este trabajo, no con la pretensión mal fundada de conquistar alguno de los premios ofrecidos, sino más bien por conocer la opinión de la crítica. He aquí acerca de él lo que escribió mi distinguido amigo Luis Urbina, miembro del Jurado Calificador. Entre otras cosas dice, hablando de nuestro progreso literario:

"No obstante, mucho queda por explorar, y buena prueba de ello son estos ensayos que vinieron al llamamiento de nuestro concurso. Entre todos sobresalieron algunos, dos particularmente, que he de mencionar aquí ya que por razones que más adelante expreso, no es posible dar á la estampa en este periódico.

"Triste cuadro" y "Gentes de mi barrio" se titulan estas dos

que yacía en la mísera casucha, tendido en el viscoso suelo, abandonado, horriblemente desfigurado por la viruela maldita, con su pequeña corona de amarillos *zempaxóchiltls* cuyo acre olor se mezclaba al pestilente del cuerpecito yerto.

Las calles estaban casi desiertas. Un aire molesto y cálido levantaba nubes de polvo, de papeles y de brizas, de toda esa indescriptible basura que la Ciudad arroja al arroyo. Era un viento caprichoso que ora arremolinaba virtutas y bagazos de caña contra las aceras, ora avergonzaba á las pocas mujeres que transitaban por la calle, levantándoles las enaguas y mugiendo como un toro en la época del celo.

Serapio, cegado, oyó las tres que sonaron en la Parroquia pesadamente, lúgubrememente, como si también la cavernosa campana participara de la tristeza infinita de la tarde.

—Date *prieta, máma*,—balbutió.

Petra asintió con un gesto. Caminaba como en sueños, repasando en su memoria las angustias de su vida tormentosa al lado de aquel obrero borracho que se la pasaba bebiendo y escandalizando en todo el barrio, ó bien barriente

emocionantes narraciones. La primera es doloresamente intensa; produce un raro efecto de repugnancia y de piedad. Es un "Triste cuadro" en verdad; un cuadro de miseria, de sufrimiento humano con algo de bestial, de inconsciente, de abyecto, y, al mismo tiempo, de heroico y resignado; dolor de los que están muy abajo, muy abajo; desdicha del antro; pesadumbre de la sima. Es un lienzo muy vigoroso, pero muy crudo. El asco y la ternura se complican. Un arte noble palpita bajo una palabra tosca. Es un bello mármol vestido de andrajos.

.... Ambos cuentos emocionan, interesan. Figuráos.... No; no debo ser tan discreto; los incógnitos autores no me lo tolerarían.

Y ya que ellos y yo estamos en el secreto, les diré: Amigos míos, mis parabienes. Cuando leí los trabajos de ustedes, no me ruboricé, no señer; noté defectos, mas asimismo, admiré cualidades. Y mientras leía, la prudencia me aconsejaba: "¡Cuidado con los lectores, que no quieren ver cosas feas por más que el arte se las

do, en un lastimoso estado, por pena policiaca las calles y jardines de la ciudad. Cuando ella era soltera vivía relativamente feliz: ayudaba á su madre á lavar ropa ajena, y con el dinero que ambas ganaban, agregado al que llevaba su padre, un honrado viejo que fabricaba hormas de zapatos, se la pasaban holgadamente. Ella ni pedía más, ni más ambicionaba. Pero un día la conoció Lucas y la enamoró imponiéndose por el miedo y las bravatas de mata-siete de arrabal. Entonces todavía no bebía tanto: era un hombre guapo, moreno, de gran bigote y aire insolente. Y tanto la dijo y tanto la amenazó, que ella, rendida y enamorada..... se entregó á él pasivamente, animalmente, como una pollina dócil ante los brutales mordiscos é impetuosidades del macho. Siguiendo una costumbre antiquísima entre las doncellas de su clase, dejóse raptar, deshonorar vulgarmente sobre el negro suelo de la herrería cubierta de tizna y carbón, atestada de mugrientas herramientas y yunques, con su ruinoso fogón ahumado, lleno de ceniza, que semejaba la obscura chimenea de un cíclope lascivo, entre el calor asfixiante que la enardecía y las caricias bestiales de su amado. Recordaba sus labios burdos, pegajosos, que despedían un repugnante hedor á alcohol,

dore y embellezca!" EL MUNDO ILUSTRADO se abre, domingo á domingo, en manos de mujer, frente á ojos que quieren mirar la vida buena y blanca y pura; no tan dolorosa, no tan odiosa, no tan asquerosa. Cuida tú de los ojos buenos y de las manos sin man-cilla. Te lo agradecerán las manos de nieve y las cabezas ensombrecidas." Cedimos al consejo de la prudencia; y por esta vez, le dijimos á la observación y á la literatura: "Volved pronto, pero en traje de etiqueta."

Respeto y agradezco la opinión autorizada de mi exquisito y elegante crítico; pero con permiso de él incluyo en este libro el cuento mencionado, ya que con éste y otros proclamo mi independencia literaria, sin que me arredren sus consecuencias. Por lo demás, yo no escribo solamente para la mujer, que, en general, no ama ni comprende ni mucho menos profundiza la literatura seria. La mujer nació exclusivamente para el amor: fuera de él, lo demás le importa muy poco. Escribe, persiguiendo un noble fin, que ex-

las lágrimas que evertiera al ver perdida de tal manera su virginidad, la indignación tremenda del viejo, su maldición, la enfermedad violenta que llevó á su madre al sepulcro, el indispensable casamiento con aquel hombre que, más tarde, fastidiado de ella, dióse con más ardor á la bebida, golpeándola, insultándola, tratándola como una esclava.... ¡Oh, la maldición se había cumplido! Y seguiría. Ahí estaba la muerte de su hijo, de su pobrecito hijo que ninguna culpa tenía..... ¿Por qué la suerte cebábase en él? Ahora ella vivía de la caridad pública porque su Lucas ya no era admitido en ninguna parte. Degenerado completamente, pasábase los días enteros tumbado en el cuartucho, en las tabernas más miserables donde no faltaban perdularios que le invitaran á beber, ó en el arroyo, en plena vía pública. Una vez habiendo reñido, estuvo seis meses en prisión. Otra vez recibió una pedrada que lo dejó cojo para siempre. Y así, sufriendo martirios morales y físicos, únicamente consolada por el sólo hijo que Dios le había dejado, soportaba con resignación el prolongado castigo de su falta. Pero la desaparición de su pequeño Lucas, la atormentaba atrocemente: era como si la hubiesen arrancado las entrañas. Todavía resonaba en sus oídos la queja del niño, constante, apagada que partía el alma:

—¡Ay!..... ¡ay!

pliearé más tarde, para todos los hombres de buena voluntad que quieran ver la vida colorosa, odiosa, asquerosa, como es. Y precisamente cuando ya la sepan ver así, ellos mismos procurarán hacerla buena, blanca, pura, como será. Hoy por hoy, la verdad, por cruda y punzante que sea, debe entrar á golpes de martillo, como euña de hierro, en las almas todas. Mi literatura actual persigue el bien de las almas.

Piadoso y querido poeta: No todos son artistas. Primero el andrajado y después el frac. Para comprender la belleza absoluta es forzoso, ineludiblemente forzoso, conocer antes la absoluta deformidad. Primero la s de la sima y después la c de la cima. Yerro á través de mi temperamento?... (N. del A.)

Todo había concluido. Aquella misma tarde lo enterraban.

Un hombre chaparro y boruquiento voceaba á grito abierto:

—¡Pescao! ¡pescao fresco!

Un amolador ambulante pasó también por la esquina próxima, empujando su desvencijado aparato que al rodar sobre el empedrado chirriaba como un murciélago viejo, interrumpiendo la melancolía de la tarde con la escala aguda del instrumento pastoril que le servía de anuncio. El gendarme del punto cabeceaba apoyado contra el poste del telégrafo. Más lejos, un organillo callejero repetía con fastidio una canción popular de melodías destempladas, groseras, gangosas, insoportables..... Y un perro hambriento aullaba tristemente.

De pronto la mujer, instintivamente, se detuvo frente á un escaparate atestado de incitantes empaquetadas de vigilia, de ricas y caras conservas, de sabrosas salchichas y magníficos quesos de Flandes. El apetitoso olor que despedía el almacén de víveres, la había producido un vértigo y se apoyó, intensamente páida, en la pared, mirando con aire estúpido y con sus pupilas ávidas y enrojecidas, tanto alimento vedado para ella! El muchacho también se detuvo, dejó el ataúd en el suelo, respiró con visible satisfacción, enjugó con su mano agrietada y negruzca el sudor copioso de su estrecha frente sobre la cual caía un mechón de hirsuto pelo, y después, con un dedo metido en la boca, los ojos melancólicamente abiertos, las cejas enarcadas y la frente fruncida, quedóse á su vez contemplando con envidia que causaba lástima, aquellos codiciosos comestibles que los egoístas comerciantes habían acumulado en su lujoso almacén.

—¡Ah! valdrán un millón de pesos! ¿verdad, mamá!.....

La mendiga no dijo nada. Se limitó á verlo angustiada.

mente al par que se rascaba la picadura de un piojo que la atormentaba el cuello. Luego bostezó largamente. Aquel bostezo era todo un poema de miseria. ¡Dios de los desamparados, se conocía que desde el día anterior no habían comido un solo bocado!

Un afeminado gomoso, perfumado y petulante, haciendo sonar las monedas que llevaba en su bolsillo, pasó apresuradamente dándoles de intento un empujón.

—¡Eh! no interrumpas el tránsito, vieja indecente!

La desventurada exhaló una queja y dirigiéndose al chiquillo:

—Anda, anda, hijo mío: nada ganaremos con estar aquí; somos pobres, ya ves... no tenemos ni un centavo y nos echan, —dijo con resignación.

Después, olvidando el hambre feroz que la devoraba, sintióse perturbada por la imagen de su hijito muerto, y sollozando de nuevo, echó á andar lentamente, tambaleándose como un orangután decrepito, apretándose su vientre hueco, hueco. El niño, indomable, cargó el ataúd, y con la mano que le quedaba libre, fué poco á poco detrás de su madre, devorando con fruición una polvosa corteza de naranja.

Así atravesaron como dos fantasmas de dolor la distancia que les faltaba recorrer aún, caminando por entre el blanquecino polvo del arroyo como por sobre una espesa alfombra de caldeada escoria que les quemaba los pies. Al cruzar por el pequeño jardín inculto del arrabal, ambos aspiraron con deleite el airecillo más fresco que movía levemente los laureles-rosa, los abedules, los saúcos, los antodendros, las orquídeas, los jazmines que ya habían acabado de reverdecer con la primavera.

Varias mozas rollizas y habladoras llenaban sus cántaros en la fuente rodeada de pensamientos, y chacoteaban con un vendedor de pavos comunes, un mocetón de tez

curtida y ojos de zorro; y las alegres risotadas de aquel interesante grupo, se confundían con los gemidos lastimeros de la desolada madre. Cerca, una alondra oculta entre las ramas aún henchidas por brotes nuevos, cantaba su balada trístísima.

—Cú..... cú, cúuu..... cú.

A la infortunada mujer le parecía que su hijo se quejaba llamándola desde allá arriba; entonces, á pesar de la sed que sentía, apresuró el paso; tenía prisa por llegar para abrazar el cadáver de su hijito. Serapio no pudo resistir á la atracción de aquella agua límpida, de aquel irisado chorro que derramaba notas de alegría con su canción cristalina, y sin dejar el ataúd, inclinóse para beber, pero vió su imagen pálida y demacrada, con el féretro á cuestas que se reflejaba en el espejo de la fuente, y tuvo miedo: en un momento de locura quizá producida por la falta de alimentos, creyó que él era el muerto cargando su propio ataúd, y huyó á reunirse con su madre.

Por fin llegaron.

Al empujar la carcomida puerta del tugurio que ostentaba una imagen del Divino Rostro pegada á la madera, una oleada de aire húmedo, fétido y malsano, que olía á carne pútrida y á alcohol, les azotó los rostros. Ahí yacía el cadáver del niño ya verdoso, descompuesto, llagado por las pústulas negras y asquerosas, con las pupilas de un color blanco sucio y mate, fijas tenazmente en lo alto, los labios plegados, cruzados por bandas que semejaban puentes, retorcidos, deformados por horribles pingajos de carne sanguinolenta y magullada que destilaban un líquido espeso y hediondo, que formaba un extraño contraste con aquella marchita corona de fúnebres *zempazchills* de un cromo abigarrado y chocante, por entre los cuales asomaban unos cuantos mechones de corvino y lacio pelo apel-

mazado. Más allá, en un rincón destartado y obscuro, rodeado por indescriptible hacinamiento de palos viejos, mohosas tenazas, mangos de martillos, herraduras rotas, esteras roídas por las ratas y muebles deformes, yacía el jefe de la familia brutalmente ebrio, con la desgrefiada cabeza inclinada sobre el velludo pecho, roncando ruidosamente como un hipopótamo salvaje, y teniendo aún entre su mano derecha la botella del vino maldito.....

Dormía profundamente y no se apercibió cuando ellos entraron. Mejor: no los insultaría en aquellos solemnes momentos de intenso dolor. Entonces ella, Petra, envolvió al cuerpecito en su deshilachado rebozo; con maternal cariño lo depositó en la graseca caja; dirigió una mirada sombría, trívica, indefinible al esposo malvado, al criminal que así les abandonaba, al miserable obrero que se olvidaba de su hijo muerto..... y llorando amargamente permaneció así de rodillas, mascullando en silencio una oración á la Virgen de los pobres cuya imagen pendía de los descubiertos adobes entre tiras flecadas de papel de China y unas cortinillas antiquísimas que más bien parecían trapos de basurero.

Revoloteaban las negras moscas posándose tenazmente en el rostro del difunto; y sus sordos zumbidos hacían coro á la ronca respiración del beodo herrero. Serapio roía una tortilla dura que había encontrado entre las frías cenizas del fogón. Se oían sus crujidos como los de un ratón que perfora madera cuando entró Basilio, un chiquillo langaruto y cascorvo que lo invitó á jugar. El hambriento hermano de Lucas se puso al juego con aquellas canicas de barro que todavía en la semana anterior le habían servido para divertir á este último.

¡Oh! ya no volverían á travesear juntos! Ahora él se quedaba sólo mientras Lucas estaría allá en el cielo con los ángeles que le regalarían hermosas canicas de oro. ¿Por

qué Dios que es tan bueno con los niños, los separaba para siempre?

Sonaron las seis y treinta minutos.

—Vámonos — musitó la madre exhalando un hondo suspiro.

Era preciso concluir de una vez. Si se retardaban, el camposantero no les admitiría la boleta del Registro Civil hasta el día siguiente.

Y aunque le dolía no verle más, cerró la caja mortuoria, cargó con ella, y los dos desamparados salieron silenciosamente, como sombras, rumbo al cementerio.

Basilio dijo:

—¡Uf! qué feo apesta tu hermano!

Y se entró al corral vecino donde unas ocho ó nueve gallinas buscaban ruidosamente un seguro lugar para dormir.

La tarde agonizaba y el sol se había ocultado tras grises nubarrones que semejaban descomunales alfanjes de melladas hojas.

Un obrero que pasaba y vió el pobre cortejo, se quitó la gorra. Otro se llevó el pañuelo á la nariz. Y una anciana, cambiando de acera, exclamó:

—Es un angelito que llevan á enterrar.

Una turba de chiquillos alegres y aviesos, llenos de vida, sanos y robustos, formando corro jugaban al "Gavilán." Se oían sus gritos agudos y jadeantes.

—Gavilancito, ¿para dónde vas?

Y el pilluelo que hacía el papel de "gavilancito," contestaba:

—Voy á la sierra de San Nicolás.

Cogidos de las manos, los otros, las "gallinas," corrían formando círculo y tirando coces al aire como los potros en pleno campo. Repetían su pregunta:

—¿Y á qué vas?

—A comer gallinas fritas.

—Pues oquí comerás pataditas....

El "gavilán" se arrojaba sobre ellos pretendiendo robarse una "gallina." La alegre escena era iluminada por el resplandor de una hoguera que ellos mismos habían encendido. En torno, algunas viejas y ancianos, los bradores de las cercanías, fumaban sentados en cuclillas. Y cuando Petra y su hijo penetraron al cementerio, volvióse á oír la voz del organillo callejero que repetía con fastidio la misma canción popular de melodías destempladas, groseras, gangosas, insoportables.....

Y otra vez el perro hambriento siguió aullando tristemente, muy tristemente....

CROQUIS

"....después de haber amado ¡ay! es preciso amar.... y siempre amar.... hasta morir!"

Alfredo de Musset.